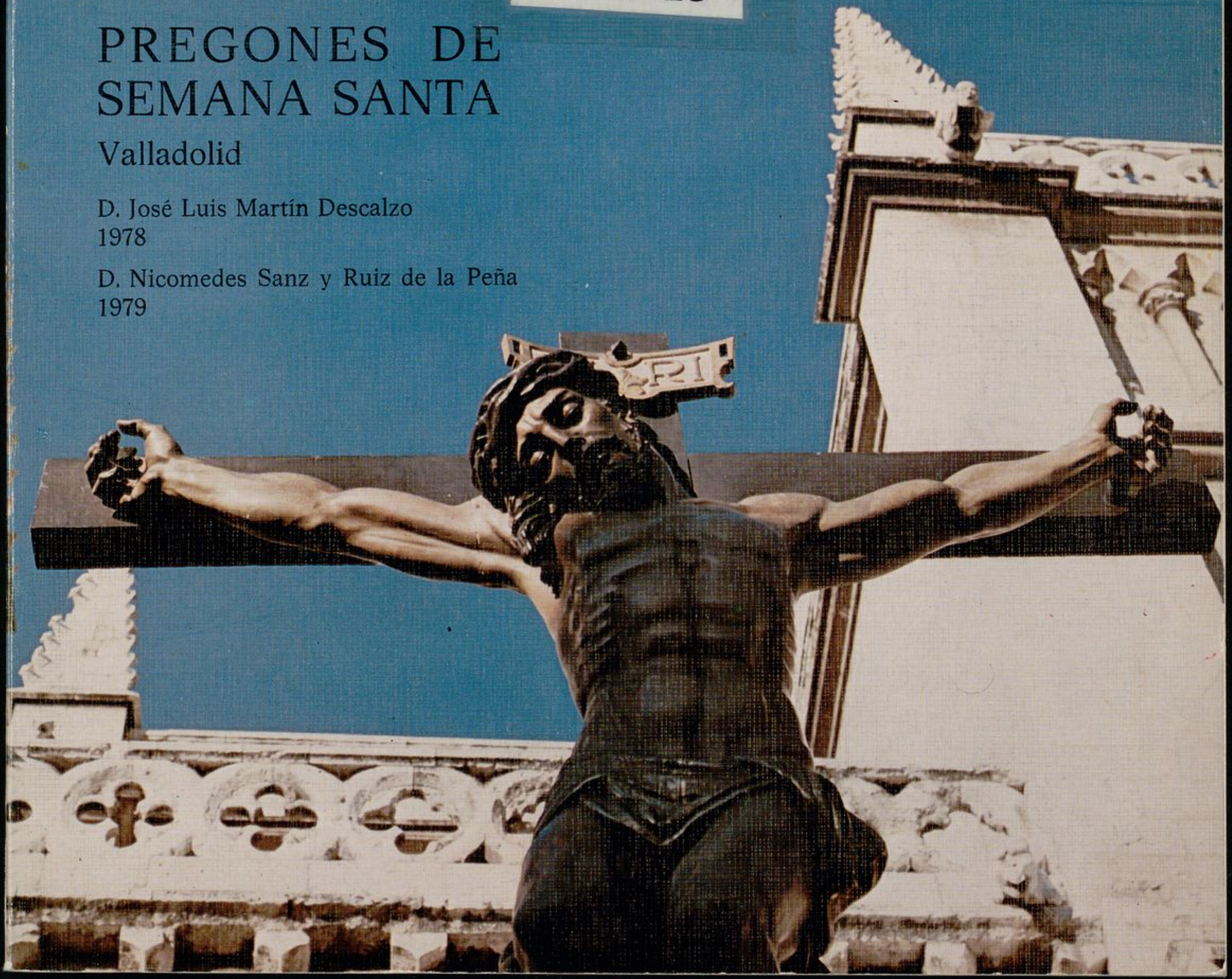
C.103-15

PREGONES DE SEMANA SANTA

Valladolid

D. José Luis Martín Descalzo
1978

D. Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña
1979



FOL 4034

Ayuntamiento de Valladolid - Centro de Archivo Municipal y Biblioteca Administrativa

R.9158

PREGON DE SEMANA SANTA 1978

por

D. José Luis Martín Descalzo

en la Capilla del
Museo Nacional de Escultura

ARCHIVO MUNICIPAL

1193532

C.103-15

Edita: Ayuntamiento de Valladolid
Composición: Gráficas Lafalpoo
Maqueta: Servicio de Información y Publicaciones
Imprime: Unidad Reprográfica Municipal

C 103-15

Ayuntamiento de Valladolid
Centro de Archivo Municipal y Biblioteca Administrativa

Excelentísimo y Reverendísimo Señor,

Excelentísimos e ilustrísimos señores,
señoras y señores, amigos míos todos:

Durante muchos años, a lo largo de casi toda mi vida, ha habido un sueño que me ha torturado. Un sueño que reaparecía terco siempre que iba a sonar o había sonado alguna hora importante para mi. Un sueño que aún no he logrado entender, pero que, cuando llegaba, me hacía despertarme temblando, envuelto en sudores.

Era un sueño presidido por las llamas. Una ciudad ardía. No una casa, no dos, no un bloque de viviendas o una manzana de edificaciones. No. Una ciudad entera. Ardían las casas de vecinos, los edificios públicos, los monumentos, la catedral, el ayuntamiento, las iglesias todas. Ardían incluso los parques. Cada árbol de la ciudad era antorcha viva, cada torre un cirio luminoso, cada casa una hoguera, un fogón cuyas brasas removiera alguien con un atizador gigante, el mismo río que cruzaba la ciudad era una gran culebra de llamas.

Pero no sólo la ciudad ardía, sino también sus pobladores. Por las calles en llamas veías correr caballos en llamas, como si de hogueras en movimiento se tratase. Y ardían las personas: hombres, mujeres, niños se paseaban ardiendo por la calle, jugaban ardiendo, ardiendo trabajaban.

La gran hoguera mandaba al aire de la tarde gigantescas brazadas de chispas que huían hacia el cielo como bandadas de pájaros enloquecidos y ardían también ellos porque todo el aire sobre la ciudad estaba igualmente invadido por un millón de pequeñas hogueras voladoras.

Y, en mi sueño, veía yo esta ciudad ardiendo desde un monte lejano y nunca sabía si debía llorar o alegrarme de que esta ciudad ardiera. Porque la ciudad era, como la zarza de Moisés, incombustible. Ardía, danzaban sus llamas un baile frenético, pero nada se desmoronaba. Las casas ardían en pie, se quemaban hombres y animales, cual si las llamas estuvieran hechas no para destruir sino para construir y purifcar.

A través de las llamas los seres humanos parecían más vivos, las casas más hermosas, los monumentos más fulgurantes. La catedral se diría, vista entre llamas, que estuviera toda ella construida de topacio y hombres y mujeres llevaban por las calles el alma en las manos cual si fuera una vidriera, cual si todos tuvieran demasiado corazón como para contenerlo en el pecho. Porque también el corazón estaba en llamas, salían de él largas lenguas doradas y rojas, azules y violetas y no llegaga a saberse si eran las llamas quienes quemabn el corazón o si era el corazón quien abrasaba a las llamas.

Durante años y años me he preguntado a mí mismo por el significado de este sueño. Y he vuelto a preguntármelo al comenzar a escribir este pregón, porque el sueño regresó la misma noche en que me lo encargaron. Pensé por un momento que esas llamas pudieran ser las que Valladolid lleva en su escudo. O que tal vez la imagen de las llamas tuviera algo que ver con las esculturas de Berruguete o de Juan de Juni, que se diría que estuveran construídas de fuego. Pensé luego que tal vez evocaran aquel día en que, por primera vez en la historia, alguien pregonó la Semana Santa, el día de Pentecostés, el día del fuego, el día en que una llama apareció sobre las frentes de todos cuantos tenían fe

Ayuntamiento de Valladolid · Centro de Archivo Municipal y Biblioteca Administrativa

en la muerte y resurrección de Cristo, porque no se puede creer en ellas sin que el corazón se convierta, sin más, en una hoguera.

Aquel fue, efectivamente, el primer pregón de los misterios ocurridos en Jerusalén durante la más santa de las semanas. Un grupo de creyentes estaba, como nosotros, reunido en torno al recuerdo de Jesús, en una estancia no demasiado diferente de ésta y presididos, como nosotros, por el amor de María. Era pobre gente asustada como nosotros, como nosotros creyentes, mediocres como nosotros. Antes de la resurrección de su Maestro habían tenido mucho miedo y habían creido —como tantas veces nosotros— que el mundo se venía abajo. Ahora ya no tenían miedo, pero seguían presos del asombro. No acababan de digerir ni entender las cosas tremendas y vertiginosas que habían vivido en los últimos meses. Y esperaban. No sabían muy exactamente qué esperaban, pero sabían que algo iba a ocurrir, algo que terminaría por eliminar todas aquellas sombras e incendiaría sus vidas.

Y fue entonces cuando un viento sacudió la casa en que permanecían encerrados. Y fue entonces cuando un fuego descendió sobre sus cabezas y sobre sus almas. Y en aquel mismo instante lo entendieron todo: la muerte y la vida, la resurrección y la esperanza. Fue entonces cuando se dieron cuenta de quién había estado entre ellos y por qué había muerto y por qué había terminado resucitando. El Espíritu Santo se les subió a la cabeza como un vino de muchos grados. Y sintieron de repente que habían desaparecido todos sus miedos. Y que tenían que empezar a gritar por todas partes el nombre de Jesús.

Salieron a las calles enloquecidos, saltando, gritando. Cruzaron los pórticos y los atrios del Templo exultantes como si hubiera llegado el fin o el principio del mundo. Quienes les veían se preguntaban si estaban locos o borrachos. Y se reían o se asustaban de ellos.

Fue entonces cuando San Pedro hizo su gran pregón. Se subió a

una de las escalinatas en las que tantas veces había hablado, semanas antes, su Maestro y gritó a los que le escuchaban:

"Varones israelitas: el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis en presencia de Pilato. Vosotros negastes al Santo y al Justo y pedisteis que se soltara a un homicida. Disteis muerte al Príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Ahora bien, hermanos ya sé que lo que hicisteis, lo hicisteis por ignorancia. Pero Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: la pasión de su Ungido. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. Dios, resucitando a su Siervo, os lo envía a vosotros primero, para que os bendiga al convertirse cada uno de sus maldades".

Este fue el primer pregón de Semana Santa de la historia y yo espero que vosotros sabreis perdonarme si yo pienso que todos los pregones de Semana Santa —de Jerusalén, de Valladolid, de Sevilla o de Roma— deben seguir repitiendo lo mismo, que Jesús ha muerto y resucitado, que fuimos nosotros quienes por ignorancia lo hicimos, que es hora de arrepentirnos para que El vuelva a resucitar en nosotros.

Durante los días pasados he tenido la oportunidad de leer una buena parte de los treinta pregones de ilustres personalidades que me han precedido en esta tan honrosa tarea. Y, aparte de admirar la belleza y hondura de todos ellos, me ha parecido percibir en muchos ellos una profunda vacilación: la de quien al hablar de la Semana Santa de Valladolid se pregunta si debe hablar más de la Semana Santa o de Valladolid. Veía en algunos el deseo de descender al vértigo del terrible hecho de un Dios que muere por nosotros aquí y en todas partes y, junto a ello, el recelo de disgustar a quienes —justamente— desean, sí, que se les hable de la Semana Santa, pero también de "su semana santa". Y per-

cibía en otros el temor a que, si entregaban sus palabras al arte, a la historia, al folklore o tipismo propio de la ciudad en que hablan, terminasen frivolizando, vaciando el terrible misterio que hay detrás de todas nuestras custumbres. Se diría que muchos pregoneros vacilasen entre Jerusalén y Valladolid, entre las calles del evangelio y las de nuestra ciudad.

Afortunadamente para quien hoy os habla no existe este problema y tal vez ésta es la razón y el único mérito por el que se me ha designado para este hermoso oficio de pregonero: para mi no hay diferencia entre las calles del evangelio y nuestras calles porque crucé las dos al mismo tiempo; para mí teología y arte fueron parte del mismo aprendizaje y todo cuanto sé del vértigo de un Dios que nos ama y muere por nosotros lo aprendí de rodillas ante las imágenes que dentro de unos días cruzarán por nuestras calles. La Virgen de las Angustias, el Cristo de la Luz o el de las Siete Palabras fueron mis libros de teología mejores y nunca podré separar lo que Dios y la vida han ido uniendo en mi historia y en mi corazón. Soy probablemente el menos ilustre de todos vuestros pregoneros, pero quiero para mí el honor de ser el que todo lo que diga lo aprendió a pie, caminando en vuestras procesiones. Soy el pregonero que nada aprendió en los libros y que hoy, para hablaros, tiene sencillamente que cerrar los ojos y subir hasta su lengua el corazón.

Me perdonareis por ello que no intente hacer eso que llaman "teología". Y menos aún eso que llaman "literatura". No citaré un poema, no aportaré una fecha. Me reduciré a lo único que verdaderamente es mío: mis recuerdos.

Quizá os parezca poco. Pero quizá os despierte mucho. Porque yo sé muy bien que mis recuerdos son hermanos gemelos de los vuestros y que cuando yo hable del niño, del muchacho, del joven o del hombre que yo fuí en tantas semanas santas como en Valladolid he vivido, en realidad estaré hablando del niño, del muchacho, del joven o del hombre o la mujer que cada uno de vosotros fuisteis.

Me atrevo por ello a pediros que me escucheis, con el corazón en carne viva, porque nada importante habrá en este pregón, sino lo que vosotros —conmigo— sintais. Bajemos juntos a la estupenda fraternidad de haber vivido juntos lo que hoy os pregono. Despertemos juntos al niño, al muchacho, al joven, al hombre que hemos sido.

La primera semana santa vallisoletana de mi vida —y tal vez de muchas vuestras— fue la de 1939, teniendo yo nueve años. Fue, para mi, **la Semana Santa del asombro.**

El niño que yo era conocía ya y había vivido la semana santa de Astorga, que resultaba caliente y deliciosamente pueblerina. Pero mi madre anunció que aquel año iríamos a ver la semana santa de Valladolid que era —decía ella muy orgullosa— la más hermosa que existe en en mundo. Y en Valladolid nos dejó la víspera de Ramos uno de aquellos desvencijados trenes de madera de la primera postguerra. Mi corazón latía quizá como nunca ha vuelto a latir después: era una mezcla de orgullo y de gozo, el regreso a la tierra de los míos, el reencuentro con mis raíces. Y también la primera ciudad grande que veía en mi vida.

Al niño que yo era la ciudad le pareció escapada de un libro de cuentos, el monumento a Colón fue para mí la octava maravilla del mundo y entrar en el Campo Grande me resultó literalmente como llegar al paraíso. Era para mí evidente que Adán y Eva no pudieron estar en un lugar más hermoso y confieso que el lago del Campo Grande me pareció enorme y casi mediterráneo.

Pero la gran alegría me esperaba el domingo. Estrené, naturalmente zapatos y calcetines y una bufanda amarilla por la que hoy pagaría mi sueldo de tres meses. Desgraciadamente yo no tenía entonces amigos en la ciudad y no pude ir a enseñarles, orgulloso, mis estrenos del día, pero grité mil veces a mis tíos que zapatos, calcetines y bufanda eran nuevos, porque esta era la única manera de que todos se convencieran de que yo seguía teniendo manos.

Luego vino la palma, que fué también la primera palma de mi vida, una palma que mi padre compró a la puerta de Santiago. En Astorga sólo usábamos ramos. Por eso para mí tener en mis manos aquél río de oro vertical era la más alta e insoñable riqueza. Un río de oro que además se doblaba y con el que podías golpear, como quien no quiere la cosa, las cabezas de los que iban o estaban delante, con lo que a la riqueza se añadía la alegría.

Después de misa fuimos a Platerías y la calle estaba ya llena de diez mil ríos de oro agitándose. Y recuerdo que vimos venir desde la plaza del Ochavo la procesión precedida por la fila de los seminaristas con sus blancas sobrepellices y sus libros de canto. Y gustamos el sabor infinito de agitar nuestras palmas y golpear con las puntas las caras de los seminaristas, tirarles los bonetes, hacer peligrar la estabilidad de los libros que en las manos llevaban. Y tras ellos apareció el paso de la borriquilla y, de pronto, las travesuras huyeron hasta el fondo del alma y subió a la superficie una mezcla de alegría y ternura y supimos que este Dios nos gustaba, porque era humilde y juguetón como nosotros y hasta tuvimos un poco de envidia porque todos nosotros hubiéramos querido ir montados en aquel borriquillo que nos parecía peludo y tierno, aunque aún ninguno de nosotros hubiera leído a Platero y aunque nadie de nosotros se hubiera preguntado aún si Juan Ramón Jiménez no pondría este nombre a su borriquillo en memoria de que por la calle Platerías pasa cada año el borriquillo más importante del mundo.

Y tras la borriquilla apareció el obispo que a mí me pareció mucho más importante que el que yo había conocido en Astorga, quizá porque era más gordo, o porque tenía la cara más roja y solemne. Y entonces todos frenamos el ondear de nuestras palmas porque pegar a un seminarista con ellas era un placer, pero tocar a un arzobispo hubiera sido como un sacrilegio.

Tras el domingo vinieron días que me resultaron un poco aburri-

dos y en los que incluso estuvo a punto de quebrarse mi fe en la Semana Santa Vallisoletana. Porque en Astorga había algo que Valladolid no tenía: allí los niños íbamos a los oficios del miércoles y el jueves en la catedral, enarbolando carracas y martillos dispuestos a armar todo el ruido del mundo y a matar —a golpes de martillo contra suelos y bancos— a todos los pérfidos judíos e incluso, si alguna vieja rezadora se descuidaba, a clavarle las sayas al banco con una punta, aprovechando la confusión y el ruido del momento de las vísperas en que se apagaban todas las luces de la catedral.

Pero aquí en Valladolid o los niños eran más civilizados o menos "piadosos" que nosotros. Y la catedral estaba desierta durante los oficios. Además la catedral resultaba demasiado grande, demasiado fría, sólo "apta para mayores", aunque tampoco los mayores aparecían en ella y dejaban a los canónigos que se desgañitaran solos en el fondo del coro.

Luego el jueves regresó la maravilla con las visitas a los monumentos. Permitidme que os diga que aquel día fue hermoso y decisivo para mí por muchísimas razones. La primera porque nunca en mi vida me había llevado mi madre tantas horas agarrado a su mano como aquel Jueves Santo. Había mucha gente por las calles y yo no conocía la ciudad y aunque habían tenido el cuidado de ponerme en un bolsillo las señas de mi casa por si me perdía, mi madre tenía buen cuidado de evitar la eventualidad y agarraba mi mano como si me llevara dulcemente prisionero. Y aquello me gustaba: porque la pequeña humillación de que me tratara como a un "niño pequeño" quedaba muy sobradamente compensada por aquella transfusión de cariño que mi madre me hacía al agarrar mi mano.

Aún una segunda razón para mi alegría: los monumentos de Valladolid eran mucho más hermosos que los que yo conocía de Astorga. No

sólo porque fueran más grandes y porque en ellos ardieran más velas, sino porque ante ellos rezaban auténticas multitudes. Había por las calles centenares, millares de muchachas con mantillas que luego, con la luz de las Iglesias y el brillo que ardía en sus ojos al rezar, parecía las mujeres más hermosas del mundo.

Pero aún había para mí una tercera y decisiva razón: por entonces llevaba yo ya en mi alma mi secreto: seis meses más tarde iba a entrar en el seminario y cuando pasara la pequeñez de doce años sería yo quien subiera al monumento, como aquel sacerdote a quien veía ascender con el copón hacia el pequeño tabernáculo. El niño que yo era intuía ya que la eucaristía iba a ser el centro de mi vida y creo que cuando por primera vez rezé ante el monumento del santuario subieron a mis ojos unas lágrimas felices e incomprensibles porque yo no podía presentir que trece años más tarde diría en aquel mismo altar mi primera misa.

Y ahora me veo el viernes santo en un balcón de la plaza mayor apretada la frente a dos barrotes esperando con ojos extáticos que por la calle Ferrari aparezca la procesión que ha empezado a entrar en Fuente Dorada. Oigo latir mi corazón como si presintiera que iba a recibir una revelación capaz de trastornar mi vida.

Espero que me entendereis con sólo que os diga que aquel era el primer año que yo veía la Semana Santa después de nuestra guerra civil. El niño que yo era había tenido la fortuna de que la guerra no me tocara en mi carne o en la de mi familia. Pero no estaba tan ciego como para no descubrir la tremenda tragedia que ardía sobre las cabezas de todos. Y la guerra había anticipado en mí el descubrimiento de esas tres heridas que acosan al género humano y que otros descubren más tarde y menos de golpe: la muerte, el odio y el miedo.

Los niños de mi generación fuimos expulsados del paraiso antes de tiempo. Ya es triste que el hombre no pueda vivir su vida sin salir de

la casa de la felicidad, pero mucho más lo es que los hombres nos esforcemos tanto en precipitar esa salida. Y a mí y a todos mis amigos nos habían expulsado de ella a latigazos, echándonos la muerte delante de los ojos.

Por eso, sin que el niño que yo era fuese capaz siquiera de formularse la pregunta, para mí aquel Viernes Santo era o podía ser el día de la gran respuesta. Yo creía que miraba los pasos con mis ojos, pero los estaba ya mirando con aquel llanto interior que la guerra había acumulado en mis entrañas. ¿Por qué mueren los hombres? ¿Por qué los hombres se odian? ¿Por qué la pasión de Cristo sigue estando incompleta? El niño que yo era no hubiera sabido formular estas preguntas, pero las tres se abrían ya como tres llagas en mi alma.

Y fue entonces cuando el río de luces y de pasos comenzó a entrar en la plaza y en mi alma. Os asombrareis si os digo que mi curiosidad infantil parecía haber muerto y que apenas vi a los trompeteros que abrían la marcha, que no me fijé en las bandas que acompañaban a los pasos y que ni siquiera puse mis ojos en las cofradías, en sus hábitos, en sus insignias y capuchones, y que para mí pronto no hubo otra cosa que los pasos y sus hermosos ojos que iban entrando por los míos como si tratasen de explicármelo todo.

Vuelvo a ver aquel Jesús de la agonía en el huerto que avanzaba con los brazos abiertos como mostrando su pecho a los disparos, vuelvo a contemplar aquellos dramáticos ojos del Jesús atado a la columna que —me miraron a mí, me miraron a mí— llevaba en la mirada los mismos interrogantes que el niño que yo era, como si también El quisiera entender por qué los hombres se odian, por qué se matan y sobre todo por qué lo hacen en nombre de palabras tan santas como la libertad o la fe. Y ahora vuelvo a ver el desfile de los yacentes y descubro, como descubrí entonces, que eran iguales, iguales, que aquel muchacho joven al que

mataron enfrente de mi casa. Y veo a la Quinta Angustia que le sostiene en brazos y que tiene en el rostro el mismo dolor que la madre de aquel muchacho y abre sus largas palmas en un grito como el de aquella mujer que aún, aún ahora resuena en mis oídos.

Veo a la Virgen de las Angustias que trae en el rostro resumidos todos los dolores maternos, de las cien mil, de las doscientas mil madres españolas que en aquellos años se habían quedado sin hijos. Veo y entiendo que todos los dolores son sagrados. Y aquel niño que yo era descubre de repente que no es cierto que haya un cielo y una tierra que vivan separados, que los dolores de Dios y los dolores del hombre son dos partes del mismo dolor y que los derechos de Dios y los derechos del hombre son parte de la misma justicia. Y entiendo que no puedo rezar si no amo, entiendo que esta semana santa no es importante por ser un rito, un culto, una historia tradicional, sino por ser la expresión, el resumen de los dolores humanos y divinos y por ser la explicación de ambos y la invitación a que ambos concluyan.

Y, de pronto, el niño que yo soy comienza a tener miedo. Miedo de que todo sea, a la vez, un milagro y una profanación. Porque oye a sus espaldas los comentarios de los ilustres mayores y ve que casi nadie reza, ve que comentan los colores de los vestidos y que de pronto todos parecen multiplicar su interés porque en la cofradía que ahora cruza la plaza viene el novio de una de las muchachas que están en el balcón y han convenido que, cuando pase bajo el balcón, agitará tres veces su vela para que su novia le conozca y en el balcón comienzan todos a discutir porque ahora les parece que todos los cofrades han agitado tres veces sus velas y ya no pueden resolver la tremenda y decisiva incógnita de saber bajo qué capucha va el novio de la chica de al lado. Y entonces el niño que yo soy tiene ganas de gritar, de llorar de aullar que no saben lo que hacen. Y se calla. Y siente vergüenza de ser hombre, de ser este pobre bicho que dice tonterías junto al mayor dolor, esta pobre

y desvalida criatura que es capaz de mezclar los mayores misterios con la mayor de las cegueras.

La segunda Semana Santa vallisoletana de mi vida fue muy diferente. Ahora tenía ya 16 años, era seminarista y empezaba a asomarme a los misterios de la vida y de la belleza. El mundo se había abierto ante mis ojos como una gran naranja de belleza y tentación y mi corazón fresco corría aquí y allá, donde quiera que una voz profunda o misteriosa le llamara. Y ante la Semana Santa vallisoletana sentí las dos llamadas del arte y de la emoción. Si la de mi infancia había sido la semana santa del asombro, ésta de mis 16 años iba a ser **la semana santa del entusiasmo.**

Recuerdo bien mi orgullo de hijo de vallisoletano y cómo, de pronto, comenzó a gustarme todo en esta ciudad en la que, hasta entonces, sólo había vivido. Como si mis ojos se hubieran multiplicado, empecé a descubrir torres, esquinas, calles, iglesias. En la biblioteca del seminario rebusqué cuanto hablara de algún modo de nuestra ciudad y empecé a enomararme de los nombres de Berruguete, de Juan de Juni, de Gregorio Fernández. Estudiaba sus obras, buscaba reproducciones, me pasaba horas y horas contemplándolas cuando en nuestros paseos los seminaristas entrábamos en alguna iglesia.

Y, como la llamada del arte había multiplicado mi alma, entré en la semana santa de aquel 1946 con el corazón vibrante y los sentidos despiertísimos. Hoy vuelvo a verme en la plaza mayor aquel viernes santo mientras esperábamos que comenzara el sermón de las siete palabras y mientras mi cabeza evocaba tantos hechos históricos como en aquella plaza habían ocurrido. Los negros crespones colocados tras el Cristo de Francisco de la Maza y los dos ladrones de Gregorio Fernández daban al acto un aire medieval, con algo de auto de la inquisición. Pero nadie iba a quemarse allí sino el milagro de la palabra humana. Veo la multitud expectante, las largas filas de muchachas con peinetas y mantillas, las mul-

Ayuntamiento de Valladolid - Centro de Archivo Municipal y Biblioteca Administrativa

ticolores zonas de los representante de las cofradías, las tribunas en las que ya se han colocado las autoridades. Y ahora veo entrar por Ferrari los caballos de los pregoneros que, con sus gualdrapas blancas y rojas parecen arrancados de las páginas de algunos de los libros que tanto he estudiado. Y oigo luego el silencio, el espeso silencio que se hace en la plaza cuando el predicador inicia su dramático sermón.

Es curioso: han transcurrido 32 años desde aquello y, aunque no soy capaz de recordar el nombre del predicador, podría repetir ahora frases, párrafos enteros de su sermón. El muchacho que yo era atrapaba las imágenes expresivas, las metáforas con que el predicador hablaba del abismo de la maldad del hombre o del otro abismo aún más hondo de la bondad de un Dios que perdona. Y todo ello calaba en mi alma, ofrecida allí, abierta, como de cera virgen. Sin que yo me diera cuenta espectáculo, belleza y religiosidad iban uniéndose en mi alma. Y no renegaría de ello. Años más tarde yo sabría distinguir bien cuanto allí había de religioso y lo que de espectacular se le añadía, pero sabiendo siempre que el alma del hombre está hecha de manera que ni las grandes ideas entran en ella sin los grandes sentimientos, ni los grandes sentimientos la hacen vibrar sin esa corte dorada que añaden la belleza y la grandiosidad. ¿Y por qué lo religioso habría de desnudarse de todo lo que hoy nos copian todos cuantos quieren organizar una manifestación cualquiera que aspire a llegar al corazón de todos? Allí estábamos todos juntos bajo el cielo abrileño y, al menos durante una hora, la voz del predicador nos aunaba en las lágrimas, sentíamos juntos vergüenza de nosotros mismos, intentábamos sembrar en nuestras almas una raíz de amor aun sabiendo que pocas horas o pocos días despues sería secada por nuestros egoísmos. ¿Pero es que es poco amar durante una hora? Pienso que si los ángeles del cielo, tras una catástrofe atómica que hubiera destruido a toda la humanidad, bajaran a recoger, a rebuscar nuestras reliquias de hombres y encontraran, en algún misterioso rincón del espacio, aquel silen-

cio mágico que en la plaza de Valladolid se creaba cuando el predicador decía: Mujer, ahí tienes a tu hijo, aquel silencio que era hermano gemelo de las lágrimas y que a veces se quebraba por sollozos que no hacían sino ahondar más el silencio, si los ángeles encontraran en algún lugar este tesoro, lo guardarían mimosos en las cajas fuertes más secretas del cielo para enseñarlo a cuantos algún día quisieran saber lo que verdaderamente fue el corazón de los hombres.

Y me veo luego, metido en la piña de seminaristas que, en la procesión de la tarde, caminábamos con nuestros blancos roquetes tras el último de los yacentes cantando sin descanso el Miserere. La gente miraba con curiosidad nuestros rostros de casi niños y nosotros mirábamos a la gente con mal reprimida timidez. Recordábamos el sermón de la mañana y pensábamos que tal vez un día estaríamos nosotros allí, en aquel púlpito, y hablaríamos a esta gente que ahora se agolpaba en las aceras, y tendríamos que descubrirles el misterio de Cristo y de la vida y tendríamos que ayudarles a levantarse por encima de sí mismos, hasta ser plenamente hombres y no sólo los muñones de hombres que en realidad somos. Y alzábamos los ojos al Yacente que nos precedía y veíamos su rostro lívido y la sangre morada. Y ya nada importaba si lo esculpió Gregorio Fernández o alguien de su escuela, porque de pronto también el arte perdía su interés y empezábamos a entrar en el vasto dominio de la verdad desnuda.

Y entonces dejábamos a nuestras almas y allí nos encontrábamos pecadores y mediocres. Percibíamos hasta qué punto éramos capaces de ir acompañando a Cristo en su pasión sin lograr por ello impedir que los ojos se nos escapasen hasta el rostro de una muchacha bonita. Y el alma y la carne luchaban en nosotros como en todos y nos preguntábamos si algún día seríamos capaces de amar sin egoismo.

Allí, entre las filas de gentes emocionadas, sentíamos que nuestra misma vocación sacerdotal estaba en juego: porque la idea de seguir a

Cristo nos atraía como un vértigo, pero no tanto como para cegarnos y no dejarnos reconocer nuestra miseria.

Y entonces, sí, rezábamos. Hay quien dice que no se reza en las procesiones. No saben. No saben lo que es ir en ellas en carne viva. Se impresionan pensando que una cruz pesada pueda desollar el hombro y cuántos de aquellos inocentes seminaristas íbamos en la procesión con todo el alma desollada.

Por eso aquel año, aquel viernes santo de 1946 yo viví al concluir la procesión una escena que, sin duda, habeis vivido muchos de vosotros. Los curiosos se habían ido ya en su mayoría. Pero allí estábamos muchos aún, apretujados en torno a la fachada de las Angustias cuando a la luz de dos antorchas un sacerdote entonó la salve. Allí estaba esa Virgen que es el resumen de todos los dolores de Castilla y del mundo, esa montaña de fortaleza que talló Juan de Juni y que yo me atrevería a decir —si el disparate se permite— que aún siendo de madera tiene más fe en esos ojos que se vuelven dramáticos al cielo, que muchos de nosotros en nuestras almas raquíticas. Allí estaba y el oscilar del fuego de las antorchas convertía en fuego los dorados de su vestido y sus cuchillos, que a mí me parecían aún más oscilantes porque ya la veía al trasluz de mis lágrimas. Y recuerdo muy bien que aquel muchacho que yo era no rezó una salve, la gritó, la aulló como un perro que mendiga piedad, como alguien aterrado al saber que le llaman para un misión a la que ni en sueños se atrevería a llegar. "Dios te salve, reina y madre de misericordia" grité con el coro de seminaristas. Y sentí que gozoso el pueblo de Valladolid también gritaba, pero lo hacía para pronunciar las más bellas palabras que jamás se hayan escrito en una oración: "Vida, dulzura, esperanza nuestra, Dios te salve". Y al grito de la multitud replicó nuestro grito: "A ti clamamos los desterrados hijos de Eva" y lo dijimos sabiendo cuán desterrados y cuán pobres estábamos. Y el pueblo de Valladolid como si quisiera ayudarnos replicó: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericor-

diosos". Y pueblo y seminaristas nos alternamos en la enorme alegría de hacer pasar por nuestros labios la miel de las palabras: "¡Oh clementísima! ¡Oh piadoso! ¡Oh dulce Virgen María!".

Ardían aún las antorchas cuando nos callamos y cuando la imagen de las angustias, de espaldas, como si no quisiera dejar de mirarnos, entró temblorosa en el templo y nosotros nos fuimos, sabiendo que ella estaba allí, sóla pero entera, desgarrada pero valiente, muerto su corazón, pero viva su alma.

Y ¿quién podía entonces tener miedo? El seminarista que yo era volvió aquella noche a su pequeña celda con su vocación multiplicada. Sabía ya que no serían mis pobres manos quienes hicieran, ni mi torpe palabra quien hablara. Detrás estaban ellos: aquel castillo de tierna dureza de María para sostenernos, aquel cuerpo muerto y llameante de Cristo para obrar por nosotros. Aquella noche me dormí feliz sabiendo que yo no era importante. Sintiéndome feliz de no serlo. Comprendiendo que serían palabras de Otro las que hablarían por mi boca y el poder de Cristo quien actuaría en mis manos.

Después de ello de nuevo la vida me alejó de Valladolid y regresé a ella años más tarde, sacerdote ya. Y ahora sí que giró mi semana santa. Si la primera infantil fue la semana santa del asombro y la segunda la del arte y la del entusiasmo, esta tercera iba a ser **la semana santa del vértigo y del miedo.**

La fortuna hizo que mi primer destino sacerdotal fuera a situarme en el mismo centro de uno de los más vivos ambientes cofradieros: en la parroquia de Santiago donde tenía su sede la Cofradía de las Siete Palabras.

Pero no tuve que esperar al tiempo de primavera para que la semana santa llegara hasta mí. Muchas, muchas mañanas me tocaba celebrar la misa bajo el tremendo Cristo de Francisco de la Maza. Y os juro

Archivo Municipal de Valladolid - Biblioteca Administrativa

que en aquellas misas aprendí sobre la pasión de Cristo más que en todos los libros. Os aseguro que decir la misa allí es una experiencia única. Tal vez fuera mi emoción de curita primerizo, tal vez fuera mi sensibilidad de artista más o menos neurotizada, lo cierto es que el primer día que me coloqué allí,debajo de aquel cristo tremendo, teniendo a veinte centímetros de mi cabeza aquellas piernas de atleta, aquellas realistas y casi macabras heridas sangrantes, cuando alcé un poco más los ojos y vi, casi derrumbándose sobre mí, aquella cabeza muerta, tan dramática como tierna, tan divina como humana, algo se agitó en mí, algo que sólo pude definir con la palabra "vértigo". No era miedo ni espanto, por que me atraía. No era gozo ni júbilo, por que me hacía temblar. Era el vértigo de amar y el vértigo de creer. Saber que una cosa es cierta y al mismo tiempo nos desborda. Saber que una cosa nos desborda, pero eso no nos impide amarla.

A la luz de aquel Cristo vislumbré lo terrible de la muerte de Dios. Y digo "vislumbré" porque aún no he entendido. Porque ni se trata sólo de unas manos taladradas y un pecho desgarrado. Miles de seres humanos han padedico antes y después dolores parecidos y, si se quiere, aún mayores en lo físico. Pero aquí era el drama espantoso de un Dios que desciende a salvar a los hombres y el de una humanidad que trata de hacer recular a ese Dios, como quien a latigazos empuja a un leopardo hacia su madriguera, hostigándole con la única cosa que tiene el hombre y que no posee Dios: el pecado y su consecuencia, la muerte.

Entonces descubrí el horror de que un ser humano pueda unir estas dos palabras: Dios-muere, sin ponerse a temblar. Ciertamente los cristianos somos una extraña raza. Estamos hechos a una fe tan vertiginosa que podemos creer y aceptar todo, sin que cosas tan terribles nos convulsionen el alma.

Por aquella época lei una frase de Julien Green que aún hoy me

hiere el alma. Había visto cómo vivían los creyentes y había apostillado: "Bajan del Calvario y hablan del tiempo".

Sí, este es el gran milagro: un cristiano, un sacerdote, pueden ir a un Viernes Santo, a los oficios, a la procesión, sin que se les desmigaje el alma, sin que se les desajusten los ejes de su vida, tragándose la muerte de Dios como un bizcocho. ¡La muerte de Dios! Entonces me dí cuenta de que hablábamos de ello sin temblar, hasta con desparpajo. ¿No sería lógico que habláramos de la semana santa con escalofríos, sabiendo que aún la muerte de todos nuestros seres queridos juntos es infinitamente menos terrible? ¡La muerte de Cristo! Al menos cuando el Greco pintaba un Cristo muerto o cuando Juni esculpía una Dolorosa, algo vertiginoso ocurría en sus almas: sus obras son mucho más fruto de un terremoto interior, que de un hábil cálculo de medidas estéticas. Creían. O creían que creían. No jugaban al menos. No jugaban como nosotros. El mundo, que ha inventado el parto sin dolor, ha inventado también el ateismo sin dolor. Pero ha inventado algo más terrible: la fe sin dolor, la fe sin riesgo, la fe sin vértigo. El peligro, la apuesta, el compromiso son, cada vez más, cosas de otros siglos o de un puñado de locos. Nosotros somos más inteligentes. No negamos a Cristo crucificado —hacerlo supondría ya un riesgo— sino que simplemente lo hemos convertido en un recuerdo piadoso. La cruz adorna nuestra vida como el pecho de una bella dama. Hemos "domesticado" a Dios, "afeitando" su palabra.

Todo esto pensaba el joven curita que yo era. Y tenía miedo. En su pregón del pasado año el para todos querido don Marcelo recordaba con añoranza aquellas cuaresmas de los años cincuenta. También yo las viví. También yo conocí el alto fervor de muchas de nuestras celebraciones. También yo reconozco el esfuerzo común que por amarnos hacíamos todos en aquellos días. Pero tal vez el curita que yo era resultaba demasiado exigente: porque detrás de todo veía cuán lejos nos quedábamos, cuán poco en serio tomábamos aquello en que decíamos creer.

Abría mis ojos y veía nuestra ciudad dividida. Y no hablo ahora de ricos y de pobres, sino de creyentes e increyentes, aunque desgraciadamente las dos líneas divisorias de fe y de riqueza coincidieran mucho más de lo que sería lógico a la luz del evangelio. Veía a cuantos no llegaba sino periféricamente la semana santa e incluso que periféricamente nos llegaba a quienes nos llegaba.

Comprendereis ahora que no me maraville demasiado el que tan duramente sacuda a nuestra semana santa el látigo de la secularización. Y el que no pueda coincidir con quienes situan el enfriamiento como obra de estos últimos años. Hace ya veinte años que el humor de Mingote dibujó una carretera con una larga caravana de coches, bajo la cual una leyenda decía: "Han comenzado nuestros tradicionales desfiles de semana santa".

Debemos ser honestos: si hoy para muchos millones de españoles lo único bueno de la pasión de Cristo es que ésta se situe en los comienzos de la primavera, estratégicamente colocada a mitad de camino entre la navidad y el verano, para permitirnos así una vacación suplementaria en la que podamos disfrutar del turismo o de la playa, precisamente en las fechas en que el agua comienza a estar templada, si esto ocurre hoy es porque ya entonces aquellos mismos vivían la semana santa en las playas de la mediocridad. Dejadme que vuelva a temblar al decir que para muchos hubiera sido una tragedia que a Cristo se le hubiera ocurrido morir en agosto. ¿Cómo soportarían los siete largos meses que van desde enero a junio? ¡He aquí que la pasión de Cristo se nos ha convertido en un providencial descansillo para el turismo y el reposo! ¡En verdad que ni Judas, ni Caifás lo entendieron mejor!

Todo esto lo presentía y lo vivía ya el curita que yo era. Lo veía no en los demás, sino en mí mismo, porque a nadie ataco sino a aquellos a quienes la conciencia les acuse tanto como a mí.

Entonces me di cuenta de que la emoción era hermosa, y el arte era hermoso, la historia era hermosa, pero que sólo lo eran en tanto en cuanto no nos alejasen de la gran verdad y en cuanto nos ayudasen a acercarnos a ella.

Por eso en aquellas mis semanas santas de los años cincuenta yo descubrí algo que aún desconocía: que los verdaderos protagonistas de la semana santa de Valladolid no eran los pasos de Gregorio Fernández o de Juan de Juni, sino las gentes que en las procesiones les rodeaba. Por eso en aquellos años cuando yo iba en medio de la procesión tras el paso imponente de Jesús entre los dos ladrones, mis ojos no se iban ya hacia los cristos de palo sino hacia los cristos de carne que contemplaban la procesión a derecha e izquierda de las calles. Esta es la semana santa que importa, la única que importa. La otra es sólo el medio que puede hacer vibrar a los corazones y despertar a las conciencias. De niño yo estaba seguro de que nuestra semana santa era la más hermosa de todas las del mundo. De cura descubri que sólo Dios, conocedor de los corazones, podía saber qué semana santa es en realidad la mejor.

Por eso, amigos míos, y aquí se resume todo mi pregón, yo tengo que deciros que la semana santa es aún algo incompleto. Que Gregorio Fernández, Juan de Juni, Francisco de la Maza, Francisco del Rincón y Berruguete ya hicieron su tarea. Pero que ahora ha llegado la nuestra la de quienes aún no hemos esculpido nuestras almas ni las de quienes nos rodean.

Por eso, mi pregón traicionaría si sólo os invitara a la emoción, al arte o al recuerdo y no os urgiera, como Pedro en Pentecostés, a la conversión. Dejadme que os repita sus palabras: cuanto dentro de unos días ocurrirá en las calles de Valladolid sólo tendrá sentido si despierta en nosotros la realidad de "la pasión del Ungido de Dios. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. Dios, resucitando

a su Siervo, os lo envía a vosotros, para que os bendiga al convertirse cada uno de sus maldades".

Ojalá este pregón mío, que sólo quisiera ser eco de aquel, pudiera hacer que, como el día de Pentecostés, descendiera no sobre vuestras cabezas, pero sí dentro de vuestros corazones, la llama viva de Dios, que quema y no consume. Ojalá esta ciudad pueda ser dentro de unos días una ciudad en llamas.

Porque ahora comprendo el secreto de mi sueño: es esta ciudad la que quisiera ver ardiendo, no sólo en sus torres, no sólo en su historia, no sólo en las obras prodigiosas de sus artistas, sino sobre todo en sus almas. Me gustaría que, cuando Dios contemple Valladolid en la semana santa desde su balcón del cielo, viera una ciudad en la que todos arden, hombres, niños, mujeres, gentes que arden por las calles, gentes que arden cuando aman y cuando trabajan, gentes que aprenden la lección del fuego de sus escultores.

Entonces, sí, sería la nuestra una semana santa que no sólo admirasen los hombres, sino también los ángeles. Dejemos que el ojo humano se extasíe en el arte. Está bien, pero no basta. Lo que hay que lograr es que los niños que vengan por primera vez este año como llegué yo hace cuarenta, que los muchachos que busquen aquí su vocación, como yo la busqué hace treinta, que los jóvenes que nos exigen que vivamos lo que creemos, como yo lo exigí hace veinte, sigan encontrando una ciudad en llamas. Una ciudad que vive de lo que cree. Y que cree en un Dios que vino a traer fuego a la tierra.

Pregón Lírico de la Semana Santa de Valladolid 1979

por

Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña

Hormado en verso castellano de diversa traza y rima. Declamado el día 31 de marzo de 1979, a las 8 de la noche, en la Capilla del Museo Nacional de Escultura, por Carmen Isabel Santamaría del Rey, Amparo Magdaleno de la Cruz, Santiago Quintero Vergara y Santiago-Alfredo Quintero Moral, rapsodas de las Mañanas de la Biblloteca.

Ayuntamiento de Valladolid
Archivo Municipal
Sección Administrativa

ROMANCE INICIAL DE LA SEMANA SANTA

¡VAMOS a nacer, Señor,
contigo, esta primavera,
en las suras de tu himnario,
en tu clamor, en tu esencia!

Valladolid enarbola,
por ti, la seña bermeja
en astas de honor, al aire
vibrante flujos de seda
que se desangra en reflejos
cuando la brisa la inquieta.

Campanas vienen y van,
cantan y se desperezan,
contumaces y retóricas,
desperezando las lenguas
de bronce, desde la cárcel
enjuta que las aprieta...
Desde la Iglesia mayor
locos rigores encetan
y, por el cosmos, deslíen
seráficas impaciencias,
abriendo caminos áureos
por las linfas de Pisuerga,
por donde Cristo camina,
ca riveras de azucenas,
nívea la veste, las manos,
para bendecir, abiertas,
los brazos, para el abrazo,
para la emoción profeta:
amor con amor conjuga,
se ayunta, se justiprecia
y, por coyundar con Cristo,
Valladolid, se recepa
en Gólgotas inmanentes
la carne y el alma expuestas,
sin pasado, sin presente,
en ecuménica vela...

AFRENDA A VALLADOLID

VALLADOLID, amigo y confidente
de mi desolación y mi ventura.
Crisol en que la lengua se depura,
alongando concetos en la mente.

Tan alto es tu saber, tan elocuente
en lírica hormazón y donosura,
que ejerces en mis trances dictadura
máxima, cotidiana, contundente.

De tu entraña nacido y recreado,
dentro de tu fragancia me cultivo
con desazón total de enamorado.

A mi entraña fecunda das sustento...
Más te avaricio cuanto más te vivo
y más te vivo cuanto más te siento.

9 - IX - 1973

POR TI, VALLADOLID, VOY A CANTAR

ESTAS rimas de hoy y de mañana
nacen de tu sapiencia, en mi insuflada,
con tanta devoción magnificada
quen la fabla su alcurnia se desgrana.

Se tornan oblación, dádiva humana
con alas de pasión, arrodillada,
cuando el verbo candente hácese espada
y las flechas de honor punzan tu diana.

La lengua es oración, la voz quejido,
que de tu reciedumbre viene ungido,
con aleluyas mágicas de claves...

De ti nace la luz, se horma el conceto
donde voy a escanciar tu ley, tu reto
de rymas sacras y de suras graves.

28 - II - 1979

DAME, SEÑOR, UN VERSO...

SOLO aspiro, Señor, en cada nuevo día,
a derramar un verso por el caz del aurora...
Acorde donde encepen laudes de epifanía
condensando el anhelo mejor de cada
[hora

Dame este signo amante, mi codiciado
[amigo
para acunar carismas, desmedros y loo-
[res...

Hálito cadencioso que, sahumado con-
[migo,
avive la amargura con donación de flores.

Cántico sazonado entre la linfa clara
de la fonte que rila con rítmica algazara,
concatenando glosas con férvido rubor.

Otros, el pan te imploran con unción ha-
[cendosa...
Yo, tan solo demando idealizar la prosa
que me arrienda a la vida, con un verso,
[Señor...

Pinarnegrillo, julio de 1922

FRUTO DE LUZ. (57 AÑOS DESPUES)

El ensalmo fue cierto, la petición lograda,
hacendando el milagro con sonoro tem-
[pero,
encarnando en estrofas el recio manadero
como fiat propicio para cada jornada.

La palabra sumisa se condensó, domada
al temple de la rima, al atonado fuero
de ir, con regias estancias, tachonando el
[sendero
forjador de quimeras en fugaz llamarada.

Y ya, cuando he rozado las cumbres oto-
[ñales,
puedo gritar mi gozo, sin desmayo ni pena,
devanando la psique en sonoros raudales...

Tú, mi Señor, fluyendo rigores de armo-
[nía
con alondras dichosas, abierto a gracia
[plena,
exultando en el víctor de caudal Poesía.

3 - II - 1971

Hoy, palmas de bienvenida
lazos blancos, violetas
en la paz del mediodía
desintegradas... Comienzan
laudes y jaculatorias
a exultar en el poema,
desazonando oro y púrpura
en metáforas proféticas,
entre cónclaves de adviento
cobrando espiras simétricas,
por témporas de agonía,
caudalosa, manifiesta,
cimentando en tamo ubérrimo

lágrimas, preces, fogueras
en aluvión de congojas,
ya consentidas, ya viejas...
A fuero de encordar siglos
se deslindan y renuevan
por el plumón de los tiempos
en glosa imperecedera...

Hoy, es Domingo de Ramos...
Cirios jubilosos, fiesta
en que te rendimos parias
los niños y los poetas,
tendiendo en plazas y calles
el alma, de luz sedienta,
Cristo, mi Señor, mi Amado,
recrecida el alma inquieta
a la redención unánime,
espuma de lirios, flecha
que, del arco del arquero,
por el aire dócil tiembla,
perdiéndose en el azur,
flameando flourescencia,
tomando pulso al camino
del cielo, des las arterias,
desbordantes de aleluyas
en tu honor, para la ofrenda
de corazones en fluxus
y de sagitas angélicas,
con diana en los vertebrarios
que se humillan y se entregan
en hossanas trashumantes,
vibrando en clásicas quejas,
des nuestro Empíreo de chopos
—horizonte y línea recta—.
Están auscultando al éter
con dinámica de yemas,
por nuestro páramo estéril,
pidiendo ayuda a la estepa,
Señor, porque nos redimas
del error y la miseria,
del pecado de vivir
en pudrideros de ausencia...

¡Castilla y tus castellanos,
sobre los hombros te llevan,
a paso quedo, con mimo
de parias y anacoretas,
hechos a las duras cargas
que los sicarios les echan!...

Los azotes que te zurcen,
en tus entrañas resuenan
desde el hondón de los tiempos,
con tremor de penitencia.
La cruz en que te han clavado
es trono de su encomienda.
Por afamarse contigo,
Valladolid, se supera
y se hace Monte Calvario
con volición exotérica.

Por tu gracia y tu dualismo
en santa fragua se emblema,
por entidades tan altas
que auras votivas flamea
y, de cumbre en ostensorio,
tu nombre nos señorea,
desde el corazón donado
a la palabra que reza,
desde la alcándora bíblica
a las susurradas nenias
con que emulamos los pobres
la mirra con que te incensan
los prebendados abúlicos
que tu dolor acrecentan...
Cristo aploma ágoras ínclitas
en tu donada presencia,
Valladolid, cuna y aura
de alabanzas tesoneras
y te sublima en las vísperas
de esquilones y veletas.
En el salterio del cosmos
acumula doctas nuevas
dándote unidad devota
cuando en las torres orea
concomitancias de lumbre
con víctores e inmanencia,
mientras misterios dolientes
dan libre campo a sus lenguas
y se enlutan los altares,
Cristo, porque tú nos llegas
en el almendro gozoso,
en la cruz de las saetas,
en un alarde de angustia,
viva, latente, ecuménica,
a embalsamar nuestras calles
con tu divina presencia,
en el temblor de las palmas,
en la tensión de la cena
eucarística... Se abren
con tus deliquios los nemas
de la unidad de tu reino
con tu oración y tus prédicas.
En juro de remembranzas,
son también espinas nuestras
que, corazón adelante,
se nos depura en las venas,
doctrinándose en los pulsos
cada estación con más réplicas...
¿Desmandándose ciclones,
Cristo, cuando tú te acercas!...

Borriquilla a paso ledo,
cansina... Se bambolea
entre cánticos y glorias,
sumisa, angulosa, seria,
meditando en el futuro
quen sus lomos se recuesta.
Culminará en panes ázimos,
látigos, cruces, horrendas
fatigas para el Señor

de mares, cielos y tierra
que penderá de una cruz
por redimir culpas nuestras,
por darnos plaza en el reino
donde todavía no reina...

Valladolid es pasión
con Cristo, duelo y dolencia,
donde se acaudala el drama
con pinos, llorando miera.
Las angustias de Castilla
en lágrimas sedimentan.
En plástica exuberante,
con sangre, escribe tu gesta,
con gubias que van trazando
duelos tuyos y se aprietan,
con inspiración sublime
cabe la dócil madera.
Hase trocado delirio,
Cristo, donde tú sesteas
y sales a nuestro encuentro,
sombra y muerte manifiestas,
para, por andancios foscos,
ser florón de fe y clemencia,
con la espalda en el flagelo,
con la Santa Cruz acuestas,
hasta consumar el Gólgota
en holocausto... Te muestras,
con tu pasión y tu agobio.
Otra seguimos tus huellas
por nuestro mar de verdura
en tísicas primaveras,
que, porque tú las confortes,
dormitan y se desvelan,
benditas en los latidos,
ufanas por tu presencia,
mecidas en alma y campo,
contigo merando anemias,
con esperanza de espigas,
cuando aún son hojas rastreras...
Auguran de ti el milagro,
en el aura te ventean
y se van escarolando
porque te fijes en ellas...

Valladolid viste luto,
Señor, por las horas tétricas,
acumulando caudales
de oración... Almas despiertas
para sublimar el cáliz
con las rodillas en tierra,
en susurro admirativo
la garganta, bronca y seca,
con ñudos inquisidores
dando a la congoja edemas...

Y los pinos de Castilla,
ciertos en ti, se cimbrean,
entre bosques de ciriales
en oferentes ringleras...

Con escolta de oraciones,
en filas dobladas, reptan.
Resudando van caudales
descaecidos de cera,
por las llagas cardenosas
y las heridas abiertas,
que cuchillas y desvíos
cunden en la piel reseca,
más agudos, cuanto más
se consagra tu clemencia
por nosotros, pecadores
contumaces, almas llecas
hundidas en los lavajos,
ululantes en las ciénagas.

La Virgen de las Angustias,
calla su angustia suprema...
Le afligen siete puñales,
siete dolores le cercan,
y lágrimas de sus ojos
por el rostro se descuelgan,
resbalando dócilmente,
la curtida veste anegan
y caen, en tímido arroyo
a fundirse con la tierra,
entre suspiros retantes
y víctores que se encrespan
por la alta noche de abril
asustando a las estrellas...

Valladolid y su virgen,
íntimamente se aprietan,
multiplicando cuchillos
y pechos que los aceptan...

Amor con amor se paga...
Y cúmplese la promesa,
al filo de la mañana,
cuando amor se manifiesta
y, entre bengalas untuosas,
la virgen se nos disgrega
en los pulsos temblorosos
y la oración volandera,
con soles artificiales
dorando antañonas piedras.

¡Vamos a nacer, Señor,
de nuevo esta primavera!...

En el clamavit dichoso
Cristo llega.

Y ya las palmas triunfales
de júbilo se empavesan...
Se abre el drama y otra vez
la Pascua rompe fronteras.

Valladolid, de tu mano,
monta salmos, se hace ofrenda,
y van las torres y el alma

pregonando tu grandeza,
por entre prados dichosos,
paciendo amor y clemencia
con elclosión de romeros
porque tú llegas.

¡¡Vamos a nacer, Señor,
contigo esta primavera!!

2 - III - 79

ROMANCE DE LOS PINARES CASTELLANOS VIVERO DE LOS SANTOS DE PALO

CAMPOS de mi pasión, acaudalados
en retundido honor de romancero,
donde voy dialogando con las sombras,
dando brida y espuela a los concetos,
entre la altiva realidad de cardos
que hogaño honran yermizos y barbechos.
los de la tierra lleca y desmedrada,
los de mi voluntad sin asideros:
ambulan por arenas irredentas,
cantan en mi cantar... Nos comprendemos
y venimos a unirnos, en la hora
mágica del amor y los recuerdos
para añorar nostalgias ancestrales
y dejar que se escape el pensamiento
por la mar de tamuja, donde el aire
peina luces de marzo en oro viejo...

Siglos en lontananza y en mis pulsos,
cautiva el ansia, detenido el tiempo,
entre el ser y no ser de lo vivido,
acaudalando prédicas y anhelos,
cabe la cruz de párpados ansiosos
por escrutar atónitos espejos,
donde esperan mi voz apasionada
procesiones de siglos y de espectros...

La soledad sonora que me cerca
desborda su pasado cautiverio
y se me va acerando por los ortos
del sol en espiral, hincado a fuego
en vértebras rugientes, distendidas,
donde el asombro tiene por venero
tramontanas de cardos, que enarbolan
su morado rubor, punchas de tedio...
Y, por los cuatro puntos cardinales,
se esfuman las nostalgias por el eco,
en eclosión constante de cilicios,
para elevar a desazón los trémolos,
que, si ayer fueros auras, cariciosas,
liman, hoy, unidad a los sucesos,
hilan con miera virgen madrigales
y perfuman las auras con incienso...

Los manes de Castilla se impacientan,
exultando plegarias, laudes prietos,
perderanes de hiel exagitada,
amamantando cancioneros trémulos...
La voz de las calendas se corroe,
con agobiantes cándalos de miedo.
Ca sobre la templanza de las horas,
alma y afán arriba, está cundiendo
por las más altas motas de ufanía
donde impera la ley de los ancestros,
de las palabras muertas que recobran
diafanidad de himnario recoleto.

Hazañas de la Historia, pendulando,
más que por definidas en concejos,
hincadas en la fórmula celeste
de humano afán de sublimar anhelos
de dialogar con Cristo a campo raso
y encerrar su pobreza en áureos templos,
de sublimar en normas las virtudes,
de rendir la cerviz, ante su cetro:
una caña desnuda, nuestra esencia:
un milagro de amor, nuestro respeto.
Ir abriendo camino por la ausencia
y, por su cruz, encaramarse al cielo,
aspirando a más honra, a más espacio
en esta sed confusa que empecemos,
adivinando la querella intonsa
—diafanidad de místicos cauterios—
que horma la gubia, sobre bronco pino...
Temblor y majestad estánse uniendo,
prestando ascuas en flor a la congoja
que tiene en nuestra entraña el epicentro,
en que la tempestad de amor culmina
con cálida unidad, con viril trueno...
Por cima de los mundos se levanta,
cubre la eterna noche, rompe velos,
para dar testimonio a las primicias
del más cuajado honor, luces batiendo
por el pinar nutricio... Ora reclama
salmos penitenciales... Talla esfuerzos,
consonancia celeste, consentida
con futuro esplendor, tesón de verbo,
elevando a precepto la madera,
cerrada en oro su unidad, su tuétano,
curado en la estepera, a sol domado,
domado con el mazo, a golpe seco,
con ansia creadora redimido,
cobrando mejor suerte, en Dios ingerto...

El milagro llegó... Rotundas hachas,
sobre la verde fronda, se abatieron.
Oleorresina lloran las heridas
y repercute entre la fronda el trépido,
hasta que los confines se angustiaron
de ululantes terrores y lamentos,
y fue la sangre verde dialogando
con ángeles y cardos por los cerros,
cotizando intuición de más altura,
de conquistar los somos del misterio

y ser imagen docta de constancia:
Cristo en la cruz, acuchillado, yerto,
tendido en supulturas trashumantes
para la agoración y el pastoreo
del coro mudo de los elegidos,
en bosques de luciérnagas y ambleos,
confortando el ritual de los crepúsculos,
en el dócil sopor del Evangelio,
cuando las almas se arrodillan y
las lágrimas titilan cuerpo adentro...

Pinares de Castilla, desmochados
por drásticas sentencias, por el hierro.
En vuestra fosca intacta vase hincando
el dolor febrecido, destruyendo
vuestra oblación de vida, al daros muerte,
para que perdureis lances patéticos,
abriendo caces de oración perpetua
en cónclaves de alado magisterio,
por nuestras viejas calles derramadas,
en la villa del claustro y del imperio...

Para vosotros mi canoro víctor,
el más alto florón, el mejor cetro,
por esta semencera de venturas
que estais acaudillando y defendiendo.
Llegais desde la algaba desgreñada,
al altar, a la luz, al fausto templo,
crispación perdurable, definida
en oro hilado con rigor excelso:
Espíritu que clama en los cenáculos
en espirales de oloroso incienso...
Pinares de Castilla, definidos
en la Santa Pasión de nuestro pueblo,
desta Valladolid, recia y cristiana,
abierta a la tortura y al misterio...
¡Para vosotros el mejor acorde
de la estrofa más pura del Salterio!...

De vuestra savia Cristo se ha nutrido:
la materia inicial, dió al arte aliento,
el pinar va rilando por las calles
hacia la excelsitud del padre eterno,
sobre hombros distendidos, arrobados,
eternizando la expresión y el gesto,
tan alto de unidad, que se acrecenta
floron de inapelable abrevadero,
donde la eternidad se aferra al pino
en indiscriminados manaderos,
y la voz de los siglos se aquilata
en el regio caudal de los arpegios,
donde el amor divino se concierta
para al amor humano abrir el pecho,
sublimándose Cristo en la madera
por usura de amor... Brazos abiertos
para apretar en siempreviva augusta
el prodigio de amor que le ofrecemos...

Pinares de Castilla... Caminando
entre luz tamizada, en oro envueltos,

por recio mar de cajas destempladas
que inundan la oración de golpes secos...
¡Para vosotros el más alto timbre,
la mas polida estanza del Salterio!
¡¡Pinares de Castilla, Caminantes
por mi Valladolid, cristiano y recio!!

DOMINGO DE RAMOS

¿HACIA qué mundo pretérito
me ensalzas hoy, primavera?
Hanse abierto fontanares
en el temblor de las venas
y el silencio se acomoda,
con donación evangélica,
tumefacto, en la ciudad
que hace de silencio ofrenda.

Por ortos sobresaltados
sube el alma... Despereza
la mañana los corceles
difusos de cuatro flechas:
hacia los cuatro cilicios
—rosa de los vientos— vuelan
enjambres desazonados
de mariposas y abejas,
que se desbocan agora,
desafortunando esperas,
con fronda de nubes verdes
y verde expolio en la tierra,
que cerca a Valladolid
con augurios de promesas,
en este Jueves ungido
por oblaciones proféticas.

La docta Valladolid,
cortesana y ecuménica
que, florecida romance,
se concreta en tocas negras,
donde fuero de mis pulsos
eco señorial encepa,
templa fantasmas de ayer
con clásica renacencia.
En desbordado torrente
espinas reales concreta
añudándome a una historia,
ni olvidada ni irredenta,
en que varones de pro
dejaron profunda huella,
el timbre del apellido
que sobre mis hombros pesa,
si como manto de espuma,
también cilicio que aprieta,
sentimientos tutelares
en tradición y proezas.

En los ortos de Castilla,

mi sangre, siglos tutela
y los hidalgos de ayer,
los verdes ojos aceran
y, de mi voz y mi espíritu,
levántase de la huesa,
por velar esta mañana
el timbre de sus empresas,
viéndonos arrodillados,
perdonando las ofensas.

Valladolid, la indomada,
castellana y leonesa,
noble historia, nobles hechos,
reposada y tesonera,
cubre en vóltices de honor,
luminar de la eminencia.
En empeños de hidalguía,
fiel, heroica, sabia y recta.
Cuna de señores, timbre
custodio de alta nobleza.
Como florón de ciudades
de las más firmes y recias.
Sobre rastrojos yermizos
con lustre y honor campeas,
tan alta de dignidades
que cumbres de orgullo aireas
y, sobre el haz de los siglos,
a la virtud representas,
con fueros y magisterio
que tus blasones no merman,
creciendo en cada jornada
con arrogancia opulenta.

Sol de abril sobre los campos,
ya mar de esmeralda inquieta,
donde el aire anima olas
aventurando promesas:
mañana, Señor, mañana
quizás tu bondad nos llueva,
quizás las nubes volteen
agua mansa, límpia, ubérrima,
que venga a dosificarnos
las ansias de la cosecha.

Esperanza y oración
unidas en una endecha.
Por los campos en tensión,
campanas líricas vuelan.
En eclosión codiciosa,
mitad cantan, mitad rezan,
clavando en el cielo fúlgido
aljófar hebrado en néctar...
Y van acotando sumas,
cercando escorzos de fiesta,
acompañando al que nace,
despidiendo al que dan tierra.
En su tremor habla Cristo
a nuestra muda conciencia.

La luz, con espasmos verdes,

se enreda en altas frecuencnas,
y va heredando sus gozos
en juguetonas veletas,
para engarzar en racimos
dorados, almas fraternas...
Amapolas en capullo,
ocultan sangre, ya en vela,
clavando en el horizonte
heridas, ya manifiestas.
Está Castilla sangrando
nostalgia roja, vivencias
de sangre, con que los surcos
cálices rúbeos remedan
y, por la sangre de cristo,
púrpura invicta impacientan...

Almendros enjaezados
mantos de nevisca ostentan.
Entre verdura plomiza,
lágrimas blancas encetan,
que, desde el llano al otero,
campos infinitos riegan,
porque está llegando Cristo
—romero y palmas en fiesta—
y la ciudad pide al campo
colores, reales preseas
para jalonar las calles
que va a humillar su grandeza...

Campanarios jubilares
en redondos vuelos vuelan
y, andanadas de palomas,
por el aire se atormentan...

¡Torre mayor, catedral,
custodia blanca, linterna
que, por los cielos en gozo,
disparas furtivas flechas
hacia la incógnita alada
de la mañana en hoguera!
Puntal que cumbres vigilas,
sobre la ciudad campeas,
capitana de los chopos
y del campo centinela.
Abre compas a las ansias
latentes, yérguete, vuela,
que ya está llegando Cristo,
jinete en ritos de ausencia.
Entre los himnos triunfales
Jerusalenes se acedan,
bajo los porches rugosos,
en fluyentes paralelas.

Valladolid se ennoblece,
abriendo pechos y puertas.
Cabalgando en los suspiros,
Nuestro Señor, las franquea,
bendiciendo a la ciudad
la morena mano trémula...

En el Hosanna ecuménico
chiribitas espitean
y los prados y los surcos
úngense de primavera,
para que Cristo los goce,
para que Cristo los sienta...
Enloquecen las campanas
—¡Ay, mi torre prisionera
de Santa María la Antigua,
mancillada e irredenta!—,
donde melenas torcaces
dan acongojadas vueltas,
canta que te canta canta
en ritornelo de esférulas,
los badajos desbocados,
hebrios de abril, cabrillean,
herbolarios de la gloria
que, entre plegarias, sisea...

Por balcones y por calles
salmodia la primavera,
para que Cristo la lave,
para que Cristo la encienda,
latiendo en trenos de savia
por tumulto de impaciencia,
presándose en los cerezos
espuma de azul sapiencia
y, en las lanzas de los chopos,
tesón de opulentas yemas,
que le sirvan de corona
y anuncien su real presencia...

Torre de la catedral...
Tu címbano al aire atruena,
con el bronce desatado,
voltea que te voltea,
abriendo caminos cóncavos
por la heredad ecuménica,
donde, por que Cristo viene,
en gozo se despereza,
se torna el iris jilguero,
los arpegios se despeñan
desde el éter a las almas,
lágrima núbil, excelsa,
mota impoluta que acude
de los ojos a la tierra,
donde cálices invoca,
se evapora y se rebela
por los esteros celestes
para que Cristo la escienda
como jarilla imantada,
como inapreciable ofrenda.

En glosa de plenilunio,
Valladolid, se confiesa...

Los ramos de la Pasión
se enmarañan y aglomeran

por indomado conjuro
de salmos y de encomiendas.

Sobre la débil burrilla,
Cristo ha llegado a tus puertas...
Mi corazón lacerado,
mudo y absorto, le espera
con alegría doliente
—campanas, ramos; ofrendas—,
que las jaras de mañana
afilan punchas siniestras,
para encelar amapolas
en el sudario de estrellas.

Caminando a paso lento,
la procesión, se atempera.
Los corazones en vilo
pulsos roncos aceleran.
Por las campiñas en flor
corre fiebre de clemencia...

Criscto es llegado, y el drama
de su martirio comienza...

¡Valladolid, docta y lúgubre,
siglos de miedo empavesa!...

JUEVES SANTO

POR el aire de Castilla
cuelgan vilanos de luto,
enredados, ca las torres,
expectantes, cejijuntos,
a la espera del milagro,
ya en las conciencias infuso,
templado en fraguas flamígeras
por cíclopes catecúmenos.

Alamos empenachados
desparraman plumón húmedo
y escalofríos de pánico
palpan el silencio mustio
con rigorismo oferente
y solapados conjuros.

Jueves Santo, derramando
carracas, con gris reflujo,
con presagios impartidos
en tonante claro-oscuro,
de lengüetas dislocadas
en ruedas de mal influjo .

Por campos desazonados
navegan enjambres rústicos,
a posarse en los romeros
en flor y mágico exulto...

Y los jilgueros cantores
hacen del ciprés escudo,
para engarzar a su antojo
himnos y salmos litúrgicos.

Por espuma matutina
está navegando el Justo:
viles sayones le escoltan,
hiérenle pinchos agudos...
Sepultureros incógnitos
están cavando el sepulcro,
donde yacerá mañana
su santo cuerpo incorrupto.

Los corazones del ansia,
acotando están minutos:
cada palabra que gimen,
renueva antiguos escrúpulos
y se desborda cascada
el estertor de los pulsos,
inventando atolladeros
para frenar los impulsos.

Por la vía dolorosa
el ánima eleva túmulos.
Penitentes caminantes
pisan cuchillos agudos
y zarzas empavesadas
desarticulan los músculos,
desde los siglos pretéritos
al clamor del aire zurdo,
con que la tarde de abril
urde cilicios innúmeros...

Des nuestra paz inefable
se inviste rosa el capullo,
para que embeba la vida
amapolas de conjuro
y avive el paso la pena
mística donde me apuro...
Campanas y campanarios
pacen lánguidos crepúsculos
y, en agonía tangible,
censan arpegios minúsculos,
dejando soñar al aire
sin hervideros acústicos...

La procesión del Dolor
—acero de temple bruno—,
del templo de San Martín
inicia el paso y es nuncio
de perdón... La Magdalena
súmase al ritual del culto:
entre piadosos letrados
y galenos, suelta ñudos
de procesos y libera
a truhanes de poco bulto,
yendo a confortar miserias
de enfermos y moribundos.
Entre deslumbrantes togas,
cabalga calles el Justo.

Amarrado a la columna,
implora al Padre... Desnudo
de toda pompa, se enerva
el dolor, silente, crudo
en nuevo Getsemaní
que, desbordando recursos,
va de los pasos al triste
penitente, apura escudos
y a lágrimas se traduce
el sacro temblor difuso,
encareciendo acideces
de plomo, en el cielo oscuro...

Sutiles colas de cuero
flagelan el torso hirsuto.
Rojos florones de púrpura
en carne viva abren surcos
y, como sierpes de miedo,
vibran látigos y músculos,
brotando fresas calientes
y restallantes insultos...
La linfa cae a la tierra,
enturbia el polvo difuso,
hasta concertarse arroyos
por entre ortigas y musgo...

Flagelos van restallando
en el aire, golpes bruscos,
que demeñan los ijares
y treman con eco intruso
en ultrafurias curvadas
por titanes furibundos.

La prima noche se cala
de drama y terror... Reflujos
que, desde el pecho, se elevan
a la garganta y en hurto
escapan labio adelante
como inaudito tributo
al dolor que te macera
para redimir al mundo.

Los golpes que Tu recibes
caen sobre mí, son diluvio
de lágrimas de los ojos,
caceras de rojos surcos
que empapan mis alas tétricas,
me uncen a Ti en cabal yugo,
para que corra tu suerte
en el conceto más puro:
agua de misericordia,
alma mía y versos tuyos...

Valladolid va contigo,
de rodillas va su escudo,
con la congoja en el ánimo
y con el dolor a punto.
Más Dios cuanto más herido
por los pecados conjuntos,

perdonando y bendiciendo
nuestro desacato espurio.

La sangre por Ti vertida
se hacenda, en mis venas cúmulo
y más alta se cotiza
cuanto más a Ti me uno,
cuanto más garras de tigre
me acusan y yo me acuso...

Morado manto te cubre,
Jesús Nazareno... Húmedo
por tu sudor y tu sangre
se aferra al cuerpo minúsculo.
En el temblor de la noche
galopan salmos augustos
por el dolor que encomienda
la depresión de tus músculos,
por el ansia de tu rostro,
por el aire, bronco y crudo,
que te ciñe y arrebata
un desolador tumulto.

En tu abandono, Señor,
se encarama, se alza múltiplo
de eternidad infinita,
tácita de hiel y luto,
tan alto en ascua de cumbres
que declina campo y números.

Para tu pena, ¿qué amor
impone tormento súbito?
¡Mi corazón de tinieblas,
tuyo..., tuyo...!

Como colofón de lágrimas,
Dolorosa, va tu arrullo,
tu pregunta al imposible,
y tu regazo convulso,
al que desgarran espadas
con desbordante infortunio...
Y ya, toda crispación,
se expande en clamor acústico,
para impetrar a la tierra,
al cielo, al Padre, a los mundos,
con tan recio manantial
que clamávit iracundo,
si lacerado de túrdigas,
acrisolado de cruzos
que, cuitando al alma ausente,
de extrahumana voz son fundo.

Por las cumbres celestiales
se desangran ampos fúlgidos.
El alfange de la luna,
en la Esgueva atropa juncos,
para ir alfombrando calles,
rindiendo a Cristo tributo.

En la corona de espinas,

el zarzal extrema impulsos,
que las sienes del Señor
han hecho el milagro duplo
de que las resecas ramas
de redención sean augurio
y se florezca de almendros
el erial y se abre el curso
de inestintas primaveras
para encijar aire puro,
donde se acaricien flama
fiel, los hachones litúrgicos,
quen escolta temblorosa
al dolor abren decurso...

Valladolid es glosario,
campo noble y cielo adusto...
El alma en llaga se rinde
a tu paso y tu conjuro...

El tiempo hase detenido
en hervidero errabundo.
Hoy, como ayer, a tu lado,
sobrecogidos y mudos,
viven el drama perenne,
en estoico plenilunio:
Los vivos en tu redor...
Los muertos, desde el sepulcro...
Que en esta noche, Señor,
todos son vasallos tuyos,
y te están acompañando
en venturanza y acuno.

En alma y en cuerpo llegan
para apriscarse en tu juro,
por los siglos de los siglos,
en el dolor y en el púlpito,
como hijos fieles y como
tus indeclinables súbditos.

En la alta noche... Carracas
reptan trenos por el burgo.
En los confines del eco
el aire encepa su embrujo
y los tambores dolientes
rubrican el tremor brusco,
que va apagando luciérnagas
con estertores diurnos.

Entre cendales de tamo,
la Virgen, entrama augurios.
Pasos dolientes se pierden
en las calles, al conjuro
de las antorchas dormidas
y de nacientes fecundos...

¡Valladolid amanece
entre preces y conjuros!

¡Cristo rubrica sus calles
hacia el Gólgota confuso!...

VIERNES SANTO

DE PROFUNDIS

Por que he clamado a Ti desde la hoguera
del espino en acecho y de la rosa,
anclado en el himnario de la glosa
donde el milagro intacto se atempera.

Has venido, Señor, a la estepera
a compartir sagrarios con la Esposa,
avara de emoción, si generosa,
ca el tálamo y el verbo prisionera...

Asciendes hasta mí, crucificado,
e iluminas la cija en que me abrumo,
atendiendo a la voz que te ha clamado.

En tu cruz—ques mi cruz—estás clavado
mientras en ascuas lentas me consumo
por ser el Evadido y no el Amado.

En diásporo de humo
el Alfa y el Omega hanme cobrado
al volver, mi Señor, a tu cercado.

SIETE PALABRAS

— I —

Pater, dimitti illis: non enim sciunt quid faciunt.

(Lucas, 23-24)

PERDONA a los verdugos su desvío,
su furia encanallada, sus pasiones
de sicarios, de tristes segundones,
sin voluntad, sin norma ni albedrío.

Su saña contumaz, su celo impío,
cópula de rencor y sinrazones...
Juegan a ser gregarios campeones
y sólo son escoria en el vacío.

Rumian el duro pan de su miseria,
recocido en las fraguas del pecado,
sin conjunción de espíritu y materia.

Su dictadura ignara es flor de un día
que apenas el aurora ha confortado
cuando viene a mustiar su lozanía.

— II —

Hodie Mecum eris in paradiso.

(Lucas, 23-43)

MAÑANA gozarás en la presencia
del Padre celestial... Desde el madero
subirás al perpetuo manadero
y te dará por dote su clemencia...

Pecaste torpemente... Tu conciencia
desperezó mi acuno y sintió el fuero
de cursar el camino verdadero
brindando a los ultrajes penitencia.

Y te elevó al Elíseo de su mano
el misericordioso Dios humano
que vino a redimirte y confortarte.

Donde tu malventura aceta brida
comienza la derrota de otra vida
en la gloria que nunca ha de faltarte.

El Verbo fue a buscarte,
brindóte la verdad y, de cautivo,
has llegado a señor, ungido activo...

— III —

Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua.

(Joan, 19-26-27)

ESTE cuerpo tundido, tumefacto,
que ves aquí pendiente, desgajado,
es la carne mortal que tú has creado,
crecida a tu calor, a tu contacto.

Debe morir para cerrar el pacto
que con la humanidad es concertado...
Por liberar al mundo de pecado
acepta del dolor el fiero impacto.

Asómbrate, mujer... Ve su agonía,
abreva en su dolor, en su grandeza,
en su entrega al destino sin porfía.

El ve tu desolado desconsuelo
y la dulce mirada se adereza
diciendo: ¡Madre, te veré en el cielo!

— IV —

¿Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquiste me?

(Mattheo, 27-46)

¿POR qué me dejas, Padre, en este trance
entre la vida humana que se aventa,
en esta impenetrable agonía lenta,
haciendo de mí tránsito balance?...

Antes de que la muerte se afiance
dentro del estupor de mi osamenta,
venga a mí tu palabra... Habla y alienta
porque mi pena inmensa se abonance.

Me duele tu silencio, me rezuma
por la linfa la angustia de tu olvido
que se enfosca en la mente y se alza bru-
[ma...

¿Habrá de ser así, Dios de clemencia,
cuando a tan duro trance me has traído
y remachas mi duelo con tu ausencia?...

— V —

Sitio.

(Joan, 19-28)

ESTA sed inmarchita que te abrasa,
en veneros de amor se inunda y quema,
hormando el eucarístico poema
con el gorguz quel pecho me traspasa.

Manará de su sed la sutil brasa
con volición para romper el nema
que haga sublime rayo el anatema
donde la ley antigua se trasvasa.

Tu sed es manantial de epifanía
que se funde en los siglos con la mía
con rigor y caudal desmesurado.

Y vengo, con angustia permanente,
en harapos de eterno penitente,
a abrevar mi anadipsia en tu costado.

Agotando el sagrado
cáliz de tu abandono y tu agonía,
que rehenchimos con cieno cada día,
con estigmas de sciencia y de pecado.

— VI —

Consummatum est.

(Joan, 19-30)

¡TODO está consumado!... Todo ha sido
como tejer y destejer la vida
que se viene a escapar por esta herida
quel centurión piadoso hate inferido.

¿El centurión tan sólo?... ¿No hemos ido
perpetrando tu angustia y tu caída
con nuestra destemplanza desmedida
los que tu huella excelsa hemos perdido?...

Cuando se amustia el verbo en esta tarde
tenebrada de duelos y de espanto,
contigo sufre el corazón cobarde.

Tan hondo te atestigua, tiembla tanto,
que intenta hacer de su dolor alarde
por cubrir el calvario con su llanto.

— VII —

Pater, in manus tuas commendo spiritum meun.

(Lucas, 23-46)

MI espíritu encomiendo a tu cuidado
cuando el terror me inunda y arrebata
hacia la plenitud que se delata,
cuando ya está el precepto consumado.

Todo celo terreno es acabado...
Nada a este mondo pedregal me ata...
Tu mano portentosa me rescata
para el sumo redil de tu vedado...

Mañana volveré, con el celeste
luminar del aurora inmaculada
celado en la blancura de mi veste.

A pregonar tu gloria y tu grandeza
por esta tierra lleca, maltratada,
do, con mi muerte, tu reinado empieza.

— VIII —

MAGISTER ADERT.

(Joan, 11-28)

EL Maestro está ahí, resplandeciente
en la celeste glosa, en el venero
que mana leche y miel...Quiero y no quiero
cubrirme con su manto omnipotente.

Se expande por la luz evanescente
en el aire tangible mañanero,
donde se apaga el último lucero
y pace albor el oro del naciente.

Ha vuelto a dar la seña, testimonio
de su razón de amor, de gloria hechido,
al cancelar los fueros del demonio.

En la eclosión triunfal de la mañana,
por el hervor de abril remanecido,
asume el Verbo en envoltura humana.

LLUVIA EN LA TARDE DE VIERNES SANTO

LLUEVE, Señor, por nosotros,
los pobres y los labriegos,
los que, con el alma en sombra,
rogamos y padecemos
hambre por todos los poros
de las almas y los cuerpos
En Ti la esperanza puesta,
en tus manos y en tu cetro
que, para nuestra tristura,
eres único remedio.

Llueve, Señor, por nosotros...
Tu campo lo está pidiendo.
En auras de tu clemencia
pon en la tierra tempero,
para que gocen los trigos
del ramalazo benéfico
que abra curso a las raíces
y dé a la espiga sustento
entre las auras de vidrio,
mimosas de cardar céfiros,
de su alada primicia
con crenchas de terciopelo...

Viernes Santo... ¡Llueve!... Llueve
con pulso manso, sin quiebros,
como si tu mano dócil

fuese sembrando a voleo
las gotas amesuradas
con pulso acunado, trémulo,
hilando para la tierra
verdes, cálidos espejos,
acuciando los rizomas
para rejar en el suelo.

Viernes Santo... Llueve, llueve
con fino impacto, con tiento,
para no herir eclosiones
con zarpazos violentos,
para que la planta embeba
caricia, imantada beso,
paciendo aspersorios suaves,
libando estremecimientos,
y acelere, voz y ensalmo,
verdura, fino aleteo,
como acorde mayestático,
sumado en astral refrendo
a las Tinieblas tonantes
con que te están acudiendo
los tonsurados doctores
de la Ley... Clamavit nuestro
este de pulsar en panes
los registros del Salterio,
alzando, en plegaria muda,
mudas almas a tu encuentro.

¡¡Nuestra oración!!... ¡Ay, Señor!...
Va despertando, alma adentro,
aleluyas inauditos,
caudales de amante amedro,
constelando soledades,
en augurios tesoneros,
en seces apocalípticas,
en hambres tercas, sin freno,
que, colmando eternidades,
nos esquivan el pan nuestro,
si llorado cada día,
nos llega de tarde en lejos,
sin caridad, febrecido
de punchas y sudor negro...

Nuestra constancia, Señor,
fúndase en doble cimiento,
por venirte con nosotros
a calar los campos secos,
a envanecer nuestras ánimas,
a concordar nuestros sueños,
en este Viernes donado
en que se rinde tu cuerpo
al ansia de las heridas
por redimir nuestros yerros
con tu sangre... Y has dejado,
Señor, el clamor ubérrimo
de imprecaciones litúrgicas,
de cánticos y de trenos,
con que te están agoniando
sayones y fariseos,

con zurdas jaculatorias
y comerciales arrestos,
ofendiendo tu pobreza
con fastos y oro demérito,
añadiendo a tu corona
de espinas, febles renuevos,
haciendo manar acibar
de tu llagado esqueleto.

¡Y, por nosotros, Señor,
dejado has fasto e incienso!
En seda de lluvia mansa,
con tu savia, estás nutriendo
los campos de pan llevar
que te clamaban sedientos,
y, en aras de tu limosma,
confortan nuestros anhelos...

¡Es Viernes Santo, Señor!...
¡Está lloviendo, lloviendo!...

En esta paz acotada,
donde te arrulla el silencio,
estás conmigo donando
constelaciones... Te siento
a mi lado, como amigos,
en pulsos y manaderos,
acuciando las palabras
para que cundan en versos
y atonen en alabanzas
crecientes... Mansos y ledos,
como la lluvia que avivas.
Está calando y abriendo
compuertas a la esperanza
cariciosa del ensueño.

¡Es Viernes Santo, Señor!...
¡Está lloviendo, lloviendo!...

¡¡Y Tú acampas con nosotros,
los pobres y los labriegos!!...

Los que vamos por la vida
amor inmarchito urdiendo,
besando tu planta próspera,
amándote, padeciendo.

¡Los que somos carne tuya
y confesamos tu verbo!

PROCESIONES

VIERNES Santo... ¡Plenitud
dorada de mediodía!

Silencio intacto en los valles
redentores de canículas,

donde vilanos de abril
desbórdanse geometría
por rastrojos y lavajos,
entre curbas incisivas,
para que abomben las ranas
anchas canciones antiguas
y reviertan las esdrújulas
en nuestra fosca de rimas.

El cerezo en flor, engarza
abejas en purpurina,
para empotrar el silencio
violado en chiribitas,
sin eco que les apure,
ni campanadas festivas,
sin horizonte encelado
que urda lenguas viperinas.

Por lontananza de trigos,
el silencio, se descrisma...
con estampidos de oro,
el campo recrece y brilla:
silencio en arrobo místico
en ofertorio y carismas,
acotando las veletas
estáticas... Hoy, se afilan
en rutas de amanecer
para empresas peregrinas.
Más aire para más cumbres,
más cielo para las vísperas,
en desazón, ora abierta
a la voz definitiva...

Valladolid, claustro y verbo,
dormitando en paz dolida,
sin bronces que le despierten
con laudes y letanías.

Envuelta en limo de escarcha,
la flecha-rey de La Antigua,
recostada tras las carpas
que le arropan y la humillan,
como antorcha matinal
al infinito tendida,
muda por gracia presente,
para la oración propicia,
en soledad ofuscada,
apriscada en mala cija,
otea campos entrañables,
como dogmática espiga,
aquilatada misterio
para más nobles consignas.

En estamento de túmulos
la mañana se deslinda.
Los salmos penitenciales,
voces roncas acaudillan,
con vindicada nostalgia
de acusación israelita.
En tacto, músculo y mente

se aceran las profecías
para, en pino sarmentoso,
comenzar a ser cumplidas,
a brote de gubia y rezo,
a mazo de unción votiva,
que, sumando eternidad,
se remachan y se erizan...

Cuando media la mañana
calles y plazas se animan...
Por arterias quejumbrosas
los penitentes caminan:
hileras de encapuchados,
hachas que apenan ceniza
y crisálidas de cera,
en floración inaudita...

Los corazones revuelan,
escorzan, sintetizan,
del epicentro a los labios,
suben plegarias, se rizan
oraciones mentoladas
con disonante porfía...

Las mimosas del Vivero
están recien florecidas...
Jesús, des la cruz —su trono—,
tiende a los lados la vista.
Entre las flores y el sol
hoza terrores la brisa:

que no quisiera tocar
la sangre que le destila
y, como flamero caústico,
fulge roja y azulina
y se impacienta bermeja
¡como el pendón de Castilla!

Ecce Homo ¡...! Y está el Señor
en angustia conflictiva,
latiendo, cabe las sienes
fiera corona de espinas,
definidas y mutantes
en cuentas de sangre activa!

Sobre su pecho, las manos
desmayadas, se deslizan,
y se distiende en el hombro
el cetro de la ignominia,
la caña que está rigiendo
amorosa monarquía,
si redentora de enturbios,
de amor fraterno primicia,
donde de verdad el sol
no se ofusca ni declina,
ni las humanas pasiones
son empresas fratricidas...

¡Espasmos de Nazareno!...
Amarga y tenue sonrisa.
Con auras de bendición

supremas ansias anima;
entre abstracción y misterio,
Pisuergas de amor culmina,
para embalsamar el hálito
de la grey que se le humilla,
y, en sopesado silencio,
le acompaña, ora y medita.

Desnudo el cuerpo, Señor,
el alma desvanecida...
La soledad del espíritu
se impacienta y se deslinda.

La crueldad de los sayones,
manto y túnica te quitan.
y tu realidad humana
en temblor se precipita,
tumefacta por los posos
y el dolor de las heridas...
¡Cómo se cuajaron fuentes
de sangre, azotes y espiras!

¡Cómo la carne morena
enrojeció!... Los estigmas
fluyen con fuero supremo,
con calculada armonía,
en esta tarde de abril,
bajo el cielo de Castilla
que por calles y por plazas
te oblaciona y acaricia,
bebiendo azumbres de llanto
del cáliz de tus desdichas.

Y discurre tu pasión,
fonte de paz, alfa nítida,
donde el instante supremo
se cumple y se magnifica,
donde el humano conceto
en templores se limita,
el ánimo se distiende,
el alma va de rodillas.

Por verte, Señor, hundido
en trashumantes cuítas,
se ensombrecen las palabras,
los ojos hieles destilan
y, en sazón de llanto negro,
vierten arena pulida.

¡Por verte, Señor, así
en tránsito de agonía,
lancetas envenenadas
en los ijares se crispan!

Trompeteros y timbales
entonan marcha, se hacinan
en pos del misterio y marcan
el compás de cada sigla.

El sol, domeñado y tétrico,
en la tarde se reclina.
Por las claves de la rosa,
punchas rituales se hincan.

Valladolid, cruz heróica
con Cristo llora y se afirma.
En omegas de mutismo
flotan espadas flamígeras.

* * *

En el limón de la tarde
se vierten luces furtivas...
Retunden plomo las lomas...
Los contrastes se inmunizan
y los cerezos tempranos
los blondos mantos esquivan:
en ópalos declinantes
entre sombras se fatigan...

Luciérnagas enfoscadas
por rúas y por esquinas,
prenden al silencio insomne
faroles a media brida,
en órbita de misterio,
mesurada, tenue, tísica...

Sombras entecas refluyen
con sopores de perfidia,
que, del ego inanimado,
en los almarios anida,
condensándose repullo
desmesurado de aristas...

Iglesia penitencial,
de las Angustias, luz fría
que abre al deliquio las nobles
portaladas vespertinas,
donde, misterio flotante,
la procesión se armoniza
en haz de impulsos solemnes,
mitad dolor y caricia.

Robustos torsos curvados...
Caras por el sol curtidas...
Hombros a la carga hechos,
esperan la voz precisa
para enzarzar en azul
la insondable maravilla
de los pasos... En reflujo
lunar, las candelas brillan
y cubren encapuchados
la calzada, en dupla fila.
Y va desplomando esfuerzos,
el Gólgota, noche arriba,
Esforzados cirineos,
en pavés de honor, le izan...

Misterio de los misterios
en milenaria sofística,
calando en la tradición
con euforia beatifica.

El Cristo crucificado
sobre noche y cruz rutila,
mientras claman a sus pies
el amado y las Marías.
El centurión, lanza en ristre,
se apresta a hender la cuchilla,
y las falanges de Roma
se retraen y se intimidan,
como si en su propio pecho
la lanza fuese inferida.

Mustianse los corazones
recios de la fiel Castilla,
encogitados y arítmicos,
pausadamente se agitan,
con sesgos anquilosados,
con desmedro, con fatiga,
con macizo balanceo,
bajo la férula rígida
y el ademán ampuloso
del cómitre o del auriga.

Recios pasos, en el suelo,
a golpe franco, se hincan,
y debelan impaciencia
los trazos de las horquillas.

Las almas van caminando,
ingrávidas y contritas,
bebiendo néctar del drama
que suspende y acrimina.

Y ya de la cruz, piadosas
manos, Señor, te desligan.
Albos paños te restañan.
Manos temblantes te miman.
Los seres que te rodean
se concatenan caricia.
Hasta el viento de la tarde,
para besarte, se estira.
Atempéranse los pasos,
enderézanse las vírgulas,
si en titánicos esfuerzos,
con acuciosa codicia,
que tu peso les redime
y es la carga fonte bíblica,
donde milenios candentes
en la psique se subliman,
como vivero de hosannas
y fraternas siemprevivas.

Amorosos brazos tuyos,
¡Señora Santa María!
donde, rígido y morado,

el Santo Cuerpo, se enfría,
donde todo amor terreno
entre cuchillos se cifra.

¡Amorosos brazos tuyos
donde Cristo se sublima
en eternidad donada,
¡Señora Santa María!

* * *

Perpetuamente llorosa,
sublimada, mal ferida,
con el hijo en el regazo,
vas perdonando ignominias,
entre vértigo de flores
y deliquios de neblina,
por senderos ignorados,
entre zarzales perdida...

Mujeres que te acompañan,
cuchillos que te calcinan,
luces que alumbran tu solio,
almas por tu horror transidas,
van casando con tu pena,
ques también suya y es mía;
que tu dolor andariego
es el dolor de Castilla,
la del sayal franciscano
y la dulce fe sumisa...

Mujeres que te acompañan
en haz de lágrimas vítreas,
y van contigo implorando
codiciosas, embebidas,
en un amor calcinadas,
por el mismo yugo uncidas.
El afán que te devora
y la piedad infinita
cristalízanse sollozo
en parábola eucarística.

Y, por que tú vas llorando,
las estrellas se atomizan
y van regando la tierra
desde las hondas pupilas
de las mujeres que velan
tu Calvario, que caminan
a tu lado, recogiendo
los dolores que te crispan,
en esta ley de tinieblas,
¡Señora Santa María!...

Sobre las andas, tendido,
carne tumefacta, rígida,
en cáusticas lontananzas
la gris mirada perdida.
La gubia en himnos de miera
eternizó tu agonía,
nacida del ultramundo,
tan entera y conmovida,

que dijérase que duermes,
que la carne inerte vibra
y, en remembranzas constantes,
con serenidad altísona,
está animando inmanencias
en tu mirada sumisa.

Todo el dolor sobrehumano
ha convenido a la cita,
y está aquí, superhombre
del dolor, en la paz mítica
de la muerte estilizada,
de sí misma sorprendida.
Las manos que te esculpieron
hayan en el cielo cima,
por el dolor hecho talla,
por la sin par maravilla
del pino elevado a empresa,
a fiel amor, a delicia,
que está hacendando terror
en las conciencias cansinas...

Grito espeso en las gargantas...
La Soledad se avecina,
con majestad silenciosa
y tempestad contenida.

En el pecho siete espadas
agudas, el alma invicta,
hacia un imperio de espinos,
donde el Gólgota culmina.

En treno ahogado en el rictus,
una imprecación sumisa.
Y el manso Esgueva que alienta
por caceras inauditas.
Manando desde los párpados,
en realidad se concita,
desciende en manso diluvio,
la débil mano acaricia
y vase a morir de amor
con la tierra confundida,
entre raudales de cera
de las velas desprendida.

Tras la Soledad, anhelos,
clamuras mal reprimidas,
vendavales de estoicismo
aún tremolante de espiras,
en los pulsos se acogota,
infunda al verbo almas pías
y, tembloroso, se apaga
en constelaciones mínimas.

* * *

Mayestático silencio...
La densa sombra se opila.
Por hacheros y fanales,
runfla de flechas castizas,

que, remedando luciérnagas,
de fosforencia se hispan,
con estrellas desveladas
en nocturnos de canícula...

El cuerpo en luto distante.
El alma, tan recogida,
que, en la alta noche de abril,
solo silencio asimila,
con huella de eternidad,
cabe la ciudad dormida,
si las plantas en la tierra,
los corazones, en liza
por entidades de céfiros
que con los astros limitan...

¡Si los pasos en la tierra,
las pulsaciones, arriba,
con tacto de sombra queda,
por calles descaecidas,
con plumón aderezadas,
augurantes de carismas!

¡Si los pasos en la noche,
los corazones, arriba!
Como cuadra a la tensión
homérica de Castilla,
tan cargada de cilicios,
tan ascética, tan mística,
que son las sombras sarmientos
quen raíz doctoral afincan,
para cumbres ir reptando
con solfa de retahilas
y, desde el polvo reseco,
que nutre savia incisiva,
y, a través de la oración,
logra la mejor conquista,
al ser, mañana, con Cristo,
unidad de eucaristía.

La procesión del silencio
perfora la noche tibia.
Los gallos madrugadores
con espantos se acoquinan
(aquí el nombre de Cristo
no hay duda ni negativa),
y un rimero de rocío
pregona y saluda al día.

Las lágrimas del aurora
fúndense con las vertidas
en la soledad del alma,
ayer, con Santa María.
En los jardines tullidos
encandilan chiribitas...

Entre sopor y silencio
va despertando Castilla,
si los pasos en la tierra,
los corazones, arriba,

en la alta noche de abril
por Valladolid, votiva
ánfora de sacramentos
por luz del verbo encendida...

¡Castilla, la bien nombrada,
con Cristo, en cruz, agoniza,
en silencio tenebroso,
muerta, aunque parezca viva!...

DOMINGO DE GLORIA

DOMINGO de gloria, ya,
por la inconstancia del río
las riveras azotadas
con juncias de regocijo.

Concretando —sol y sombra—
en el agua canastillos
de los cerezos en pompa
y los almendros floridos.

¡La Virgen, Nuestra Señora,
va al encuentro de su hijo!

Aleluya de la barca
en la que navega Cristo.
Campanas le dan escolta
en vuelo y en regocijo.
En los brazos de la madre
florecen astros votivos.
En reverbero de alcores
resucitado le ha visto.

Entona la catedral
laudes, doctorales, líricos
que van calando en la entraña
sustanciales y precisos
mientras campanas y torres
desbordan el infinito.
Y, ya, colmena gozosa,
la tierra exulta delirio.
En el aire, bronces clásicos,
en el suelo, gozo místico.

Acatando lejanías,
la inocencia de los trigos,
justificándose en olas
con vaivenes fugitivos.

¡Tan..., tan!... Campanas en vuelo,
matizan desequilibrios,
cuando el bronce se dilata
para saludar a Cristo.

Sobre el espacio y el tiempo,
espuma de polvo y siglos.
Sobre nubes y conciencias,

laudes rubios, eucarísticos.
Y como ayer y mañana,
hosannas definitivos,
fluyendo en pálpitos tenues,
del pecho brotando a gritos,
porque, por plazas y calles
ha remanecido Cristo,
y, por su cruz y su muerte
nos sentimos redimidos.

Cálido sol... Primavera
batida a yunque y martillo.
Los corazones en gozo
hinchan caudalosos cirios
y, badajos y melenas,
dan a las campanas brío.

¡La Santa Virgen
va con su hijo!

Y, Valladolid, despierta
en flor de Pascua, encendido...

Torre de Santa María,
cantar de tierra inaudito.
Por las troneras del Angelus
vas querenciando periplos,
sobre la paz de las almas,
sobre legendarios mitos,
con lenguas de mediodía
en plegaria definido,
cuando es llegado el Señor
en el aura del domingo...

¡¡Cuando la Virgen
va con su hijo!!.